

## **SISTEMATIZACIÓN DE ALGUNOS PRINCIPIOS QUE RIGEN LA COMPRENSIÓN DE UN TEXTO** (y que se aplican también a la lectura de los Evangelios)<sup>1</sup>.

### **Introducción**

Leer un texto significa comprenderlo, es decir, ver con los propios ojos del espíritu aquello que el texto propone, para asimilarlo personalmente. Con la lectura de un texto ocurre algo muy semejante a lo que pasa en la música o en el teatro. Un autor escribe una obra musical poniendo las notas de cada instrumento y de cada voz en un “pentagrama”; más tarde, los músicos y cantantes, para hacer que esa obra musical sea viva y pueda ser oída y gozada por otros, tienen que interpretarla, es decir, tienen que hacerla realidad mediante sus instrumentos y sus voces. Para hacerlo, no les basta con saber leer las notas musicales del pentagrama; tienen que ser capaces, además, de trasladar esas notas a su instrumento y a su voz, es decir, tienen que interpretar esa obra musical. Sabemos, por experiencia, que hay buenos intérpretes musicales y otros que no son tan buenos; pero ningún intérprete puede hacer que una obra mala sea buena, a lo más que puede aspirar es a expresar con la mayor fidelidad posible lo que el autor puso en su obra.

Así también, en la lectura de un texto el lector es intérprete. Comprende lo que lee en la medida en que lo dicho en el texto resuena en él y hace vibrar fibras de su propia existencia; es decir, en la medida en que hace suyas las ideas y emociones expresadas por el autor en el texto, para vivirlas intensamente, encarnándolas en su propia experiencia. Podríamos decir que comprendemos un texto en la medida en que, como lectores, nos hacemos semejantes a instrumentos musicales e instrumentistas que interpretan una obra musical. Mientras más adentro del lector cale el texto, mejor y más honda será su comprensión.

En el caso de la lectura de la Sagrada Escritura se añade algo nuevo, la inspiración de Dios. Cada uno de sus libros ha sido escrito ciertamente por seres humanos, que han trabajado como trabaja cualquier escritor. Sin embargo, en la fe reconocemos que estos libros humanos son inspirados, es decir, que sus autores los han escrito movidos y acompañados por el Espíritu de Dios mismo. No se trata -como se ha creído demasiado tiempo- que Dios haya dictado el texto al escritor, cuya tarea no habría sido muy distinta a la de una grabadora magnetofónica. Si Dios hubiese querido hacer algo así, ¿qué le habría costado poner simplemente en nuestras manos libros escritos directamente por Él? Pero Dios no actúa así con nosotros, sino que nos toma en serio. Nos llama y, si seguimos su llamado libremente, nos anima; su gracia despierta nuestras capacidades y las perfecciona. Si Dios no actuara así, sería contradictorio, pues con su inspiración y su gracia estaría anulando o destruyendo a un ser que Él mismo ha creado, dotándolo con la capacidad de escribir. De modo que la acción del Espíritu en la Sagrada Escritura la tenemos que entender por analogía con la encarnación: así como el Hijo de Dios se hace realmente hombre en Jesús de Nazaret, así la Palabra de Dios se hace verdaderamente palabra humana en manos de los autores humanos de la Escritura.

De aquí podemos sacar un primer principio fundamental para una correcta interpretación y comprensión de la Escritura: tenemos que leerla en el mismo Espíritu con que fue escrita. El que de partida no quiere aceptar la inspiración de los textos bíblicos los leerá sólo como obras humanas y

---

<sup>1</sup> Tomado, con algunos cambios, de Sergio Silva G., ss.cc. ¿Por qué murió Jesús? Iniciación a los Evangelios. Vol. 2: Lectura del escenario. Santiago, UC, 1999. Introducción, pp. 12-22.

su comprensión se verá empequeñecida; perderá lo central del mensaje que comunican, no permitirá que vibre en su propio interior el deseo de Dios que alienta en él como en todo ser humano; no podrá ponerse a la altura del texto, no lo leerá en la longitud de onda en que está escrito.

Como el Espíritu de Dios inspiró a los autores bíblicos para que escribieran la historia de las relaciones de Dios con su pueblo, para que éste, a lo largo de los siglos, tuviera en la Escritura un espejo donde mirar el ideal de su fe, la Escritura no da toda su riqueza sino cuando es leída en Iglesia, en comunidad de hermanos que buscan ayudarse a ser fieles a Dios.

Además, ya que la Iglesia es un cuerpo organizado, dotado por Dios de diversos órganos que animan su vida, esta lectura debe hacerse atendiendo, por un lado, a las decisiones doctrinales del magisterio episcopal y papal, al que el Señor ha dotado de un carisma de infalibilidad en la enseñanza -carisma que se ejerce en determinadas condiciones, que sería largo enumerar aquí- y, por otro lado, al sentir del conjunto de los fieles -no sólo los de mi grupo, de mi comunidad cristiana o de base, de mi movimiento, de mi escuela de espiritualidad, sino el conjunto de los fieles de toda la Iglesia, a lo largo de todos los tiempos-, dotado también con un carisma de infalibilidad en el creer, como ha vuelto a afirmar el Concilio Vaticano II en *Lumen Gentium* 12, una afirmación que el papa Francisco no se cansa de recordar.

Pero, como hemos recordado, los textos de la Sagrada Escritura son obras plenamente humanas. Así como el hecho de que Jesús sea el Hijo de Dios no suprime nada de su humanidad, así tampoco el hecho de la inspiración suprime nada del trabajo humano de escribir los libros de la Biblia, ni tampoco el de leerlos, haciendo el esfuerzo por comprenderlos a fondo.

Vamos a recurrir a la filosofía hermenéutica. Ésta es la reflexión filosófica acerca del modo como los seres humanos comprendemos lo que nos toca vivir, sea nuestra experiencia personal interior, sean las relaciones interpersonales, la historia, el mundo, sean también los libros y todas las demás expresiones humanas. La hermenéutica contemporánea ha sacado a luz los principios que rigen nuestros procesos de comprensión. Voy a señalar aquí los seis principios que me parecen más pertinentes para enfrentar con provecho la lectura de los Evangelios; los voy a presentar referidos a la lectura de un texto cualquiera, lectura que, como ya hemos visto, implica necesariamente la comprensión y la interpretación vital de ese texto. Estos principios valen también, haciendo los cambios adecuados, para nuestra comprensión de los demás, incluso para la comprensión de uno mismo.

### **1. El texto que se lee va respondiendo a las preguntas del lector**

Un primer principio es que la comprensión de un texto se logra en un diálogo en que, por así decirlo, el texto va respondiendo a las preguntas del lector. Quien se acerca a un texto sin tener preguntas, no logrará comprender de él gran cosa, a menos que la lectura misma le despierte preguntas dormidas. Un ejemplo un poco tosco puede servir. Una vaca tiene un conjunto de "preguntas" determinado por su aparato instintivo, que le permite discernir, entre otras cosas, lo que es alimento para ella de lo que no lo es. En presencia de un libro, la vaca lo olfateará "preguntándose" si le sirve para comer o no; y lo dejará de lado, porque no le sirve. El ejemplo nos ayuda a entender que las preguntas que le hacemos a un texto pueden ser más o menos adecuadas a la verdad que ese texto quiere comunicar. Si a un texto de Química le preguntamos por Dios, probablemente nos dejará sin respuesta, así como si a la Sagrada Escritura le preguntáramos por química.

Sin embargo, nuestras preguntas no siempre las conocemos nosotros mismos. Se sitúan en zonas muy profundas de nuestro ser y van aflorando a la zona de la conciencia de acuerdo a las experiencias que vamos haciendo en la vida. Cuando nos damos cuenta de que tenemos una determinada pregunta o que nos interesa ahondar en determinado tema, hacemos una experiencia semejante a la de un descubrimiento: nos provoca asombro, admiración, a veces desconcierto y, muchas veces, un gozo intenso. Puede suceder que nuestras preguntas e inquietudes estén por largo tiempo dormidas, hasta que algo las despierta. En mis tiempos de estudiante de ingeniería nos juntábamos un grupo de compañeros todas las tardes a estudiar en casa de uno de nosotros. Interrumpíamos el estudio cada cierto tiempo con algún partido de pimpón. Y solíamos tener música de fondo, tomada de alguna radio. Habitualmente era música popular. Pero a uno del grupo le gustaba la música clásica y siempre trataba de que escucháramos esa música, que al resto no nos gustaba. Como éramos buenos amigos, pronto llegamos a un acuerdo negociado: cada cierto tiempo él tendría derecho a buscar en la radio su música clásica. Recuerdo que, al cabo de muy poco tiempo, esa música me empezó no sólo a gustar sino a fascinar. El escucharla frecuentemente despertó en mí un interés, que dormitaba por falta de estímulo.

Esto me lleva como de la mano a una segunda observación. El texto que el lector lee -tratando, más o menos conscientemente, de encontrar en él respuesta a sus preguntas, intereses e inquietudes- no se comporta de manera puramente pasiva, inerte, sino que es capaz también de despertar en el lector preguntas e inquietudes que éste no había hecho aún conscientes; puede incluso cuestionar las certezas del lector. Hablar de diálogo entre el lector y el texto no es, pues, una pura imagen, con algo de exageración; el texto también puede actuar sobre el lector. Es verdad que su acción depende de la disponibilidad del lector para dejarse tocar por el texto que lee, para dejarse llevar por él a zonas de la experiencia humana por las que aún no había transitado. Disponibilidad que, aunque a veces cuesta tener, vale la pena, pues su recompensa es un enriquecimiento a la altura de la riqueza que el autor ha logrado poner en su texto.

Lo dicho hasta aquí nos permite entender algo que suele ocurrirnos al leer. A veces un libro nos aburre y lo dejamos pronto de lado; a veces leemos un libro en diversas oportunidades y cada vez vamos encontrando en él algo nuevo, no descubierto en las lecturas anteriores. Un libro nos aburre cuando no da respuesta a nuestras preguntas e intereses; es como un diálogo de sordos, en que el libro no responde a mis preguntas, ni a mí me interesa escuchar lo que él me dice. Un libro puede ir entregando a cada nueva lectura nuevas riquezas, no sólo porque nuestra primera lectura pudo ser distraída o superficial, sino porque con el paso del tiempo vamos haciendo nuevas experiencias, que van despertando en nosotros nuevos intereses, nuevas preguntas; en ocasiones ese cambio en el lector le hace madurar y ponerse a la altura de la riqueza que hay en el texto. En mi juventud me pasó eso con una novela de Virginia Woolf, "La señora Dalloway". La tomé y, luego de unas pocas páginas, la dejé; nunca había intentado leer algo tan aburrido: sus más de 200 páginas describían minuciosamente lo que iba pasando por la cabeza de esta señora a lo largo de un día. Como soy testarudo y no me gusta dejar las cosas a medio hacer -ni menos que un libro me la gane-, tiempo después, en unas vacaciones, volví a hacer el intento. Esta vez el libro me agarró y lo devoré en pocos días. Algo había sucedido en mí en ese tiempo entre las dos lecturas, algún proceso de maduración, que me hizo sensible a lo que la novela quería comunicar; probablemente había tomado conciencia de que en mi propia cabeza van pasando muchas cosas a lo largo del día.

Debido a que un texto es obra de una persona, siempre se cuela en él algo del misterio inagotable que es el ser humano. En alguna medida, todo texto -dejando de lado los que transmiten sólo informaciones cuantificables- es inagotable y a cada nueva lectura puede ir entregando al lector

algo nuevo. Tanto más si, como en el caso de los Evangelios y de los demás libros bíblicos, en lo humano del libro se expresa Dios mismo.

## ***2. Lo dicho se sostiene sobre lo no dicho, que es muchísimo más que lo dicho***

Un segundo principio hermenéutico es que lo dicho en el texto se sostiene sobre lo no dicho, y aparece -es decir, se hace decible por el autor y comprensible para el lector- gracias a eso que no está dicho. Ocurre con un texto lo mismo que con el témpano de hielo, cuya masa oculta bajo el agua, que constituye los ocho novenos del total, hace posible que aparezca sobre la superficie del mar el volumen de hielo que se ofrece a nuestra vista. A menudo no entendemos el texto precisamente porque no estamos en el secreto de lo que el autor no ha dicho, pensando que sus lectores ya lo saben. Un ejemplo tomado de nuestras conversaciones cotidianas puede ayudar para entender mejor de qué se trata. Si alguien en Chile invita a otro chileno a visitar Valparaíso, lo más probable es que no necesite explicarle nada: todos en Chile tenemos alguna idea de lo que es la ciudad de Valparaíso, de su belleza que la hace atractiva; es más, no sólo no necesita añadir ninguna explicación, sino que, si la da, nos molestaría. Nos aburre la gente que se siente obligada a explicitarlo todo, que nunca da nada por supuesto.

Lo que un autor no pone en su texto, porque lo supone conocido por el lector, abarca muchos niveles diversos. Desde luego, el idioma. Escribiendo este texto que el lector tiene ante sus ojos en el castellano de Chile, yo no necesito explicar ni la gramática, ni el significado de las palabras, ni los giros idiomáticos nuestros, porque los supongo conocidos. ¿Se imagina el lector lo que sería un texto que lo explicara todo?

Más a fondo, el texto supone y da por conocida una cultura común con sus lectores. De la cultura forman parte los objetos producidos por el ser humano. Hoy, todos hemos visto -en cine y televisión, pero también en la realidad- aviones y helicópteros, de modo que los conocemos. Un texto no necesita explicarnos qué son, puede dar por descontado -puede suponer- que el lector sabe de qué se trata. En otro nivel cultural se sitúan las representaciones que nos hacemos de la realidad que nos circunda. Hoy todos sabemos qué es un átomo y tenemos alguna idea -más o menos vaga- de cómo funcionan las partículas (protones, neutrones y electrones, por lo menos) que lo componen. Sin embargo, nadie -salvo que sea físico atómico- ha hecho la experiencia de un átomo. Al revés, si somos de la cultura moderna, no sabremos qué son los ángeles ni los demonios, y tropezaremos en ellos al leer la Biblia. Cada texto supone lo que es bien común, compartido por todos en su cultura; el autor sólo explica aquello que le consta que no le van a entender. Pongo dos ejemplos tomados de los evangelios.

Estando una vez Jesús en una casa llena de gente que había acudido a oírlo predicar sobre el Reinado de Dios, le traen un paralítico para que lo sane. Oigamos el relato de Marcos: "Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos, que no quedaba sitio ni a la puerta, y él les exponía el mensaje. Llegaron cuatro llevándole un paralítico, y como no podían meterlo por causa del gentío, levantaron el techo por encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico" (Mc 2,1-4). ¿Se imagina el lector que en su casa pudiera pasar algo así? Habría que trabajar duro para sacar las tejas (o las planchas de pizarra o de zinc), el maderamen que las sostiene, luego el cielo raso. Durante todo ese trabajo, ¿habría podido Jesús y la gente que lo rodeaba seguir impávidos en lo que estaban haciendo? Mucho antes de que apareciera el paralítico descolgado en su camilla, se habría armado tal alboroto que no los habrían dejado seguir en su tarea de abrir el techo. Lo que ocurre es que el techo de la casa donde está Jesús -como el de la inmensa mayoría de las casas de los pueblos de Palestina en esa época- es de paja, amarrada en atados sobre listones de madera. Resulta fácil correr algunos atados

de paja y descolgar entre dos listones la camilla con el paralítico. Por eso, el trabajo de abrir ese forado casi coincide con la bajada de la camilla. Los historiadores científicos nos hacen el gran servicio de informarnos de este tipo de detalles, que nos ayudan a comprender más cabalmente los relatos evangélicos, librándonos del error de creer ingenuamente que palabras y situaciones que aparecen en el texto de la Biblia corresponden exactamente a lo que a nosotros nos evocan espontáneamente. Los historiadores sacan sus conocimientos del estudio de la arqueología, de la lectura de todos los escritos de la época que han llegado hasta nosotros, del estudio de la pintura de la época, etc.

El segundo ejemplo nos muestra que, a veces, el mismo autor incluye esa explicación que necesitamos. Nos cuenta Mateo: "Entonces se acercaron a Jesús unos fariseos y letrados de Jerusalén y le preguntaron: '¿Se puede saber por qué se saltan tus discípulos la tradición de nuestros mayores y no se lavan las manos antes de comer?'" (Mt 15,1-2). Hasta ahí, un lector de hoy no sabe la causa de la molestia de los fariseos. Y como no se expresa, podemos imaginar -y probablemente es lo que nos ocurre espontáneamente ante este texto- que se trata de problemas de higiene, porque ése es el valor que hoy le damos al lavado de las manos antes de comer. Marcos, que cuenta el mismo episodio, como escribe su Evangelio probablemente a una comunidad en la que hay muchos no judíos, siente la necesidad de dar la explicación que nos falta: "Se acercó a Jesús el grupo de los fariseos con algunos letrados llegados de Jerusalén, y vieron que algunos discípulos comían con manos impuras, es decir, sin lavarse las manos. Porque los fariseos, y los judíos en general, no comen sin lavarse antes las manos restregando bien, aferrándose a la tradición de sus mayores, y al volver de la plaza no comen sin bañarse antes, y se aferran a otras muchas tradiciones, como enjuagar vasos, jarras y ollas" (Mc 7,1-4). En esta tradición de los mayores no se trata de asuntos meramente higiénicos, sino de una "pureza" profundamente religiosa, en la que está en juego la posibilidad de acercarse a Dios, único puro.

Podemos concluir que un texto supone su propio horizonte histórico y cultural y, sin explicitarlo, se mueve dentro de él. Por eso, cuando el horizonte de un texto ya no es el nuestro, para comprenderlo a fondo el lector tiene que hacer suyo ese horizonte, constituido entre otras cosas por la lengua, las costumbres, la cultura, los valores, los acontecimientos históricos del autor del texto y de su época.

### **3. El texto en su contexto**

El tercer principio es que para comprender un texto siempre hay que ponerlo en su contexto. Si no se hace esto, un lector puede entresacar frases y hacer decir al texto lo que él quiere que diga (como suele suceder en las polémicas, sobre todo cuando se trata de política).

Un buen ejemplo de este principio se da -en otro nivel de la realidad- cuando uno trata de armar un puzzle de piezas o rompecabezas. Mientras se está armándolo, uno mira cada pieza y muchas veces no tiene la menor idea de qué pueda representar; pero, al ponerla en el lugar que le corresponde -en su contexto adecuado-, entonces se da uno perfectamente cuenta de lo que era. Y suele ocurrir que, mientras falta esa pieza, tampoco queda clara la figura que representan las que están ya armadas, a su alrededor; sólo al ponerla se ve con claridad, y al mismo tiempo, la figura completa y qué parte de ella es cada pieza.

Este principio tiene distintos niveles de aplicación cuando se trata de un texto. Sin pretender agotar el tema, menciono tres niveles que me parecen decisivos. Un primer nivel es el literario. Si el texto de que se trata es, por ejemplo, un pasaje de los Evangelios, su contexto literario es, como en círculos concéntricos cada vez más amplios, la parte del Evangelio en que está ubicado ese pasaje, el Evangelio entero, los Evangelios, el Nuevo Testamento, la Biblia, y así sucesivamente, hasta

englobar todos los escritos de la humanidad que de alguna manera están vinculados con la Biblia: los escritos del Antiguo Oriente, la producción apocalíptica que no quedó incorporada en la Escritura (los llamados escritos “apócrifos”), los escritos de Qumrán, la literatura cristiana posterior, etc.

Un segundo nivel de aplicación es el histórico. A esto nos hemos referido ya en el principio hermenéutico anterior; en efecto, el contexto histórico de un texto es el de la época y lugar donde el texto fue escrito. Aquí también se dan círculos concéntricos cada vez más amplios. El Evangelio de Mateo, por ejemplo, está probablemente escrito en Palestina, en la segunda mitad del siglo I. Importa entonces, conocer la historia y la cultura de Palestina; como en esos años Palestina era colonia romana, hay que conocer también la historia y la cultura del Imperio Romano; el que a su vez había sufrido intensa influencia cultural del mundo helenístico (griego), de modo que también hay que conocerlo. Y así, sucesivamente, con imperios y culturas que se van alejando y teniendo influencias cada vez menores.

Un tercer nivel del contexto es el antropológico. En efecto, todo texto es, en mayor o menor medida según los casos, expresión de una persona humana. Para comprenderlo, entonces, tenemos que situarlo en el horizonte de lo que es el ser humano, con sus capacidades racionales e irracionales, con sus afectos y emociones, con su capacidad de acción y compromiso, de amor y de odio, de libertad y búsqueda de Dios, etc.

#### ***4. El lector lee el texto desde su propio horizonte personal***

El cuarto principio hermenéutico es que también el lector llega al texto con su propio horizonte, personal, cultural e histórico, que le da un conjunto de categorías de interpretación, en las que acoge el texto. Este principio retoma el primero -la comprensión se da en un diálogo del lector con el texto- y precisa y explicita lo que ya estaba en él. En efecto, las preguntas e intereses del lector surgen en él en parte espontáneamente, como frutos de su personalidad individual propia; pero, en buena medida, esas preguntas e inquietudes han sido despertadas en él por la cultura del grupo en que se crió, la que estimula ciertos intereses, a la vez que reprime o no favorece otros; así, lo que brota espontáneamente de cada individuo va siendo modelado por la cultura de su grupo.

Pero hay más. El lector no sólo llega al texto con preguntas e intereses; llega también con categorías de interpretación. La realidad que vamos experimentando desde que nacemos, es variada y multifacética, a tal punto que puede parecernos caótica e invivible. Todo grupo cultural, desde los albores de la humanidad, ha debido crear a modo de mapas que permiten a sus miembros orientarse en la complejidad de la realidad. En parte por experiencia, en parte por creencia, los diversos grupos humanos han aprendido a convivir armónicamente con los diferentes elementos de la realidad: plantas y animales, personas del mismo grupo o de grupos ajenos, fuerzas de la naturaleza, dioses. Esto les ha permitido poner nombre a esos distintos elementos de la realidad, asociando al nombre un significado, que incluye la verdad de ese elemento que se ha logrado captar y el valor que se le atribuye, lo que orienta la acción frente a él. Esos nombres (y los significados y valores asociados a ellos) constituyen las categorías de interpretación que le permiten a cada ser humano moverse en la vida con cierta seguridad, porque le hacen posible comprender la realidad. Una canción infantil del grupo “Mazapán” aludía a este proceso de transmisión de categorías de interpretación. En ella, un niño pequeño va experimentando diversos elementos de la realidad, como un perro, un trueno, y va preguntando cada vez a su mamá: “Y eso, mamá, ¿qué es?”. Y la mamá, cada vez, le va dando la respuesta, que es el nombre correspondiente a lo que el niño ha experimentado. Puedo contar también una experiencia vivida por una prima mía en su infancia. Cuando en un viaje de auto por la cuesta Barriga se marea por primera vez, le brota la pregunta: “Mamá, ¿qué tengo yo?”. La mamá le responde: “Hija, ¿cómo quiere que sepa?”. Pero, a medida

que crece su malestar, su pregunta se hace más angustiosa y la mamá no tiene respuesta. Una vez que vomita, la mamá le puede decir: “Estás mareada”, lo que tranquiliza a la niña, porque lo que ha estado sintiendo tiene nombre conocido. Pareciera que la experiencia pura nos desborda y tenemos necesidad de domesticarla dándole nombre, es decir, descubriéndole significado y valor; sólo así la podemos hacer nuestra, integrándola con sentido en nuestra vida.

Cuando llegamos al texto tenemos ya en nuestro trasfondo el conjunto de categorías de interpretación que nos ha dado nuestro grupo cultural, modificadas en mayor o menor grado por nuestra experiencia personal y por el contacto con otros grupos culturales; estas categorías son como un conjunto de casilleros en los que vamos poniendo, ordenadamente, las experiencias que nos toca vivir. Cuando no comprendemos algo -una persona, un libro, una experiencia interior- es porque no tenemos la categoría adecuada para interpretar esa vivencia. En la medida de nuestra disponibilidad para dejarnos enseñar por la realidad, nuestras categorías de interpretación se hacen flexibles, capaces de crecer y de irse así adecuando a la realidad tal como es. En el diálogo del lector con el texto se puede, pues, producir un enriquecimiento del horizonte de interpretación del lector, en la medida en que puede hacer suyo el horizonte histórico y cultural del texto, ensanchando así el suyo propio.

##### ***5. Comprender es aplicarse a sí mismo la verdad del texto***

El quinto principio es que comprender un texto implica que el lector pueda aplicarse, a sí mismo y a su situación, la verdad expresada en el texto; es decir, que pueda apropiarse no sólo con la inteligencia, sino con todo su ser, el mensaje del texto.

Todo texto expresa una cierta verdad, referida al ser humano, al mundo, a Dios, y a las relaciones correctas que el ser humano debe establecer consigo mismo, con los demás, con el mundo y con Dios. Como se trata de verdades que tocan a la persona en lo más profundo de su ser, no se comprenden de verdad con la sola inteligencia -como ocurre con las verdades puramente informativas, referidas a cantidades, por ejemplo-, sino que exigen que el lector se las aplique a su propia vida. Algo de esto parece insinuar Jesús cuando contesta a los judíos -que se asombran de él porque parece entender de letras sin haber estudiado-: “Mi doctrina no es mía sino del que me ha enviado. El que quiera cumplir su voluntad verá si mi doctrina es de Dios o hablo yo por mi cuenta” (Jn 7,16-17). Hay que ponerse a hacer la voluntad de Dios, hay que acoger en la propia vida la palabra de Jesús; entonces descubriremos su verdad: viene de Dios.

El problema es que la verdad que expresa un texto está vertida en los moldes de su horizonte cultural e histórico. Cuando ese horizonte ya no es el nuestro -como es el caso de los Evangelios-, para poder aplicarnos esa verdad tenemos que pasar por el proceso de ensanchar nuestro propio horizonte cultural de comprensión con el del texto, hacer nuestro lo más que sea posible el horizonte del texto. Entonces, desde nuestro propio horizonte podremos enfocar la verdad que el texto captó y expresó desde el suyo. Esto supone que la verdad que expresa un texto trasciende esa expresión y ese horizonte y se hace alcanzable también desde otros horizontes, en los que se expresará de diversa manera.

##### ***6. La “docta ignorancia”, un requisito indispensable***

Finalmente, comprender supone algo que me gusta llamar “docta ignorancia”. Es decir, supone la capacidad de darse cuenta de cuándo uno no comprende lo que ha leído. Se trata de una ignorancia “docta”, por cuanto el lector sabe que no ha comprendido. Si al leer hay palabras, situaciones o alusiones que uno no entiende, no debe seguir adelante, contentándose con una comprensión aproximada, muy probablemente errónea. Reconocer la propia ignorancia, darse

cuenta cuándo uno no comprende, es la puerta que abre al conocimiento, pues impulsa a buscar, a preguntar a quien sabe más, a investigar.

Atentan contra esta docta ignorancia muchos factores. Uno es el orgullo, la dificultad para reconocer que el texto se la gana a uno; en estos casos, suele el lector quedarse con una mala interpretación: no se da cuenta de que no ha entendido y se inventa una comprensión equivocada. Cada lector tiene que convencerse a sí mismo de que es mejor reconocer que no se entiende algo - porque entonces se puede pedir ayuda y, finalmente, entender- que encerrarse en el orgullo, que lleva derecho al error.

Otro factor que dificulta la docta ignorancia es la incapacidad para darse cuenta de que uno no ha comprendido bien. En este caso, el diálogo con otros lectores del mismo texto puede ayudar a despertar la conciencia de la propia ignorancia, paso previo indispensable para salir de ella. De ahí el inmenso valor de la comunidad cuando se trata de comprender la Escritura.